

pues hay prosa poética, como hay, por desgracia, tanto verso prosaico. Lo mismo como agónico que como contemplativo, Unamuno es un gran poeta, un extraordinario, conmovedor «poeta filosófico».

Unamuno mismo, en varias ocasiones, expresó que prefería ser tenido por poeta y calificó de poesía toda su obra, fundiendo de ese modo sus múltiples géneros literarios (32). Nada mejor que recordar, a este propósito, unas definitivas palabras de don Federico de Onís:

Su poesía, como la de los místicos, contiene la quintaesencia de sus tratados en prosa. Rubén Darío pudo decir con razón, sin ser entendido por los que le oían, que Unamuno era para él ante todo y sobre todo poeta. Pero Unamuno es poeta siempre; porque su filosofía, y su religión, y su crítica, no son ciencia ni teología ni historia objetivas, sino intuición emocional, pasión, visión íntegra y total, creación nacida de la necesidad racional de afirmar la propia vitalidad, identificación con el propio yo... Por ser escéptica y herética, vuelve a ser la suya una religiosidad pura, busca infatigable de Dios, emoción de lo eterno, ansia de inmortalidad, conciencia del misterio de nuestro destino (33).

En carta a De Onís le escribía don Miguel:

Yo no he sido nunca más que un poeta; es decir, nada menos que un poeta. Me interesan todas las ideas, y como me da pena verlas desnudas y ateridas de frío, me dedico a darles calor, hoy a una, mañana a otra. Que piense cada cual como quiera, pero con calor (34).

Muchas, pues, son las cosas que hoy nos separan, y hasta nos apartan, del Unamuno agónico. No es que nos sea inservible. Es ya inmortal. Como él quería. Pero tras recibir de él estímulo para pensar y para dudar, lo que no es poco en los escritos de un pensador, poco más nos queda que criticarlo, corregirlo, desfilosofar su filosofía, aprender de su teatro y sus «nivolas» la incitación de estilo y el rumor del espíritu, y reducirlo todo él —¿es reducir o es más bien magnificar?— a unas colosales dimensiones poéticas. De su agonismo impuro nos molesta, entre otras cosas, «ese impúdico intimismo, que salta sobre nosotros impertinentemente», esa ostentación abrumadora de su yoísmo que se hace repelente; también «esa 'libido' sublimada que hablaba de la muerte como el obseso sexual del coito» (35); o ese su apasionado 'entusiasmo', en el sentido en que usó David Hume esta palabra en inglés, 'enthusiasm', y creyó que su contenido debía siempre ser rehuido

(32) Cfr. P. H. FERNÁNDEZ: *Op. cit.*, p. 90.

(33) *Loc. cit.*, p. 19.

(34) Cfr. número-homenaje de *La Torre*, antes citado, p. 59.

(35) J. L. L. ARANGUREN: *Op. cit.*, p. 14.

por los filósofos: «There is no enthusiasm among philosophers» (36); por fin, su mismo «existencialismo», muy *sui generis*, desde luego: corriente poético-filosófica que hace años (Unamuno, con su Kierkegaard y su propia e independiente agonía, se anticipó a las dos posguerras) pudo ser, y lo fue, juvenil novedad, pero que hoy está ya envejeciendo, si no definitivamente vieja (37).

La actitud que se adopte ante estas opiniones dependerá en buena parte, es obvio, del concepto que el lector tenga de filosofía. El escritor se reserva el derecho de no explicitar el propio, por más que las páginas que siguen dejen traslucir sus preferencias, seleccionadas al cabo de no cortos años de búsqueda que, como la de Unamuno, también le ha producido no pocos momentos de tensión agónica. En cuanto al propio Unamuno, apenas habría lugar para la duda. Don Miguel abre su libro sobre el «sentimiento trágico» con la tajante afirmación de que «la filosofía se acuesta más a la poesía que no a la ciencia», de modo que, en consecuencia, «nuestra filosofía, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma; y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez» (38). Fue ésta una opinión básica que mantuvo hasta la muerte. En el «Prólogo» al *Cancionero* encontrado por don Manuel García Blanco y puesto por éste como introducción

(36) D. HUME: *Enquiries Concerning Human Understanding...*, sect. XI, y en *Of Superstition and Enthusiasm*, en R. WOLLHEIM, ed., *David Hume on Religion*, New York, Meridian Books, 1963, p. 246. En su básico libro *Hume's Philosophy of Belief*, London, Routledge and Kegan Paul, 1961, p. 229, dice A. FLEW, tras hacer ver que 'enthusiasm' en el XVIII equivalía a fanatismo hoy, que ese sentido dio origen a algunas, ahora chispeantes y deliciosas, inscripciones funerarias, como la que describe a un erudito y devoto teólogo como 'religioso, aunque sin entusiasmo', «pious, though without enthusiasm».

(37) Es éste, desde luego, un juicio personal, pero que quizá se atrevan a compartir los que, conocedores de la marcha actual de la filosofía desde dentro, estén personalmente de vuelta del existencialismo. En cuanto al talante peculiar del pensamiento unamuniano, hay para todos los gustos; y no es éste el lugar de mencionarlos. Desde los que no nombran a don Miguel en absoluto como filósofo hasta los que piensan que es la superación de la filosofía. JULIÁN MARFAS, tanto en su *Historia de la Filosofía* como en su libro sobre Unamuno y en el apartado que le dedica en *Filosofía actual y existencialismo en España*, intenta hacer de él «un genial adivino y precursor de muchos importantes descubrimientos con respecto a la realidad que es la vida», es decir, algo así como un pre-orteguiano. Con la superficialidad que le caracteriza, M. F. SCIACCA le llamó «el caballero de la fe loca» en su *La filosofía, hoy*, de hace años; y en su contribución a la *Storia della Filosofia*, edit. por CORNELIO FABRO, Roma, Coletti, 1954, parte IV, pp. 615 y ss., lo considera fautor de un «pragmatismo humanista» en oposición al «pragmatismo 'cosista'» de la escuela americana. FABRO, a su vez, en su amplia sección sobre filosofía contemporánea de la versión castellana, Madrid, Rialp, 1966, ni siquiera lo menciona. ¿Para qué seguir? Lo más extraño resulta que ni en el original ni en la reciente versión castellana de E. MOUNIER: *Introducción a los existencialismos*, Madrid, Guadarrama, 1967, se le mencione al pobre don Miguel ni una sola vez, a pesar de que en el extraño «árbol existencialista» de la p. 17 aparecen ramas con los nombres de Bergson (!), Scheler (!), y asteroides como La Berthonière y Landsberg. Habría que conservar, al menos, un poquito de honestidad.

(38) *Del sentimiento trágico*, ed. cit., p. 10.

a su edición del mismo, tras afirmar que las canciones de su *Diario poético* forman... «un poema de gran unidad», reitera que «son, me atrevo a afirmarlo, poesía y filosofía, si es que se diferencian entre sí» (39).

No es que, en principio, haya que disentir de «que piense cada cual como quiera, pero con calor». Allá él con su querer y con su calor. Lo que sí parece logrado es que tales formas de «pensamiento cálido», para emplear términos unamunianos, «se acuestan más a la poesía que no a la filosofía» y que fueron bien distintivas de una forma de pensar y sentir típicamente romántica. Unamuno en su generación en cuanto preexistencialista, y tantos otros existencialistas en la nuestra, han prolongado temas y estilos románticos, estilos de pensar más, quizá, que de escribir. Resulta sintomático el descubrir cómo los grandes temas góticos se repiten, en general, en nuestra época barroca, y cómo en el período romántico y en este neorromántico del existencialismo aún mantienen su vigor y actualidad. Un misterioso hilo—la preocupación por el hombre, su libertad y su destino—enlaza esas cuatro grandes olas del hacer literario histórico. Unamuno es un gran poeta, un gran poeta neorromántico.

¿Es hoy el existencialismo ya una moda «ida»? En pocos años, muchas y variadas aguas han pasado a nuestros ojos bajo los puentes de la historia. Y es que, igual que se traspuso el vitalismo de principios de siglo para incidir en el existencialismo de las posguerras y que fueron superados los tiempos lúdicos y surrealistas del 'fin de siècle' y de 'los bellos 20' por los tiempos críticos y las guerras frías de 'los 50', así ahora, parecería presentirse, se tiende a estimarlos a todos ellos como muestras de una actividad literaria decadente y, en todo caso, provisional y 'demodé', por excesivamente románticos. Invóquese, exíjase, la medida y el rigor. ¿Para qué, en filosofía y en literatura, los fáciles 'entusiasmos'? De nuestros tiempos, estoicos y cautos, fueron, sí, expresión anticipada los «sentimientos trágicos» y las «agónicas congojas» de don Miguel. «El título de su obra más famosa expresa, con gran anticipación, el talante europeo de casi veinte años de historia» (40). Ello no obsta para que hoy dichos sentimientos y congojas, y no tanto por nuestra moda cuanto por buen sentido, estén desfasados.

III

¿Es, pues, Unamuno un «hombre moderno»? La respuesta dependerá, dependerá, de la dada a varios presupuestos. Pero son muchos los indicios que van llevándonos a la convicción de que ya no es mo-

(39) En *Obras completas*, ed. Vergara-Aguado, vol. XV, p. 23.

(40) J. L. L. ARANGUREN: *Op. cit.*, p. 15.